

## SERMON DÉCIMO.

### De la Escritura.

La tradicion es contemporánea de la palabra. No bien es pronunciada la palabra, la tradicion se apodera de ella, y la trasmite á los que no la han oído : pero fácilmente comprenderéis á qué riesgos se halla expuesta esta palabra , por divina que sea, al correr así de boca en boca ; y ya habeis visto cuántas precauciones ha tomado la Providencia contra la degradacion sucesiva de su palabra, cómo ha reunido las verdades que contenia en un símbolo fácil de retener en la memoria, universal y perpetuo, á saber, el sacrificio, y cómo ha confiado este símbolo con las verdades que encierra, primero al género humano en la persona de los patriarcas, despues á un pueblo milagroso, y por último á la Iglesia católica.

Pero si hubiese sido factible que esta palabra se hallase fija en alguna parte, y se mostrase sólida como el bronce y pura como el diamante, ¿ no concebís una gran magnificencia en este don de Dios ? ¿ no concebís que el testimonio divino hubiera llegado al mas alto grado de certidumbre posible ? Ahora bien, la palabra se ha fijado realmente por la escritura, y sin ocuparnos de saber si la escritura fué un don del cielo, ó un invento de los hombres, vemos que la hay de dos especies : la escritura humana y la escritura sagrada. Entiendo por escritura humana, la que se considera como la expresion del pensamiento de un hombre ; entiendo por escritura sagrada, la que veneran los pueblos por contener algo mas que el pensamiento de un hombre. Trátase de averiguar cuál es el valor de esta escritura sagrada, y si entre las que llevan este nombre hay alguna de institucion realmente divina, y en la que la Iglesia católica tenga derecho de beber su enseñanza, como en una fuente de verdad infalible.

Existe en el mundo una innumerable cantidad de libros, y sin embargo, solo hay seis que veneren los pueblos como sagrados, y son : los Kings de la China, los Vedas de la India, el Zend-Avesta de los Persas, el Alcoran de los Arabes, la Ley de los judíos, y el

Evangelio. Ante todo causa extrañeza tal escasez de escrituras sagradas. ¿ Siendo tantos los legisladores que han fundado ciudades, tantos los hombres de genio que han dominado el entendimiento humano ; sin embargo, todos esos legisladores, todos esos hombres de genio no han podido conseguir que haya mas de seis libros sagrados sobre la tierra ! Esto consiste, Señores, en que el primer carácter de los libros sagrados es que no cabe sean producidos por ningun poder puramente humano ; y para convencernos de ello, investiguemos qué cosa es un libro.

Un hombre tiene un pensamiento, ó por lo menos si no lo tiene, cree tenerlo ; se sienta en su bufete, escribe cuatrocientas páginas sobre aquel pensamiento, va despues en busca de un librero, y le dice : Aquí teneis un cuaderno, que impreso con márgenes regulares podrá formar un tomo en octavo. ¿ Cuánto me dais por la propiedad ? Toma el librero el cuaderno en la mano, lo pesa, calcula que mil ejemplares á siete francos y cincuenta céntimos suman siete mil quinientos francos ; tanto para el impresor, tanto para el librero, tanto para el autor : se imprime la obra y se anuncia ; si tiene buena salida, la edicion se agota ; se cuentan mil personas que poseen aquel libro, y otros miles de personas que lo leen prestado ; de modo, que diez ó doce mil entendimientos se hallan en comunicacion directa con el pensamiento del escritor. Este es un triunfo, y tan señalado, que no todos los que tienen talento pueden prométerselo ; y lo digo así, porque hasta con talento se puede escribir un libro que no haga fortuna. Sirva esto de consuelo á muchísimos autores (1).

Pero dejemos las obras de algunos dias, que aspirarian en vano á la veneracion de los siglos, y hablemos de los libros verdaderamente grandes. Solo nombraré tres, y creo no faltar á mi promesa nombrando á Homero, Platon y Ciceron : Homero, el príncipe de la poesia ; Platon, el príncipe de la filosofia ; Ciceron, el príncipe de los oradores ; y aun diria, si no tuviésemos á Bossuet, el príncipe eterno de la elocuencia. Pues bien, Señores, en la humanidad, ¿ quién conoce á Homero, á Platon y á Ciceron ? Siguiendo una calle á lo largo de esta capital, ¿ podríais encontrar muchos hombres, que preguntados si conocen á Homero, os miraran sin asombro ? ¿ Y qué será fuera de esta capital, en naciones no civilizadas ? Además, para

(1) Este párrafo desdice del estilo oratorio y aun de la gravedad del asunto. Debe ser una alusion á algun libro que apareciese en aquella época, tal vez con mal éxito.



ser sagrado, no basta que un libro sea conocido; es tambien necesario que constituya el fundamento de la fe de un pueblo, y la norma de sus costumbres; es necesario que al levantarse este pueblo por la mañana, se postre en tierra, abra aquel libro, incline la cabeza, haga sobre su frente un signo sagrado, y dirija su plegaria al Criador por medio de aquel libro.

Esta sola reflexion nos advierte ya que las escrituras sagradas, tanto las falsas como las verdaderas, tanto las que contienen la palabra de Dios, como las que no la contienen, no son obras comunes. Considerad por la rareza del hecho, cuán difícil es imponer un libro á un pueblo: mil cultos se han establecido en el mundo, y tan solo seis han producido un libro. ¿Qué es un libro? un tejido de pensamientos. Ahora bien, todo pensamiento pertenece al orden de la fe, ó al orden de la ciencia: si un libro es científico, el pueblo no le entiende, y los sabios que lo entienden, no lo respetan sino por la ciencia que creen poseer con tanta ó mas perfeccion que el autor; si el libro es místico, en el sentido humano de esta palabra, es decir, si es la expresion de una fe individual, de una aspiracion aislada hácia lo infinito, los sabios lo desprecian y el pueblo no lo entiende tampoco. Si un libro popular es imposible, ¿cuánto mas ha de serlo un libro sagrado!

No obstante, libros sagrados existen; ¿de dónde han provenido? ¿quién los ha hecho? ¿dónde esta el arcano de su poder? Decía un diplomático célebre: El último esfuerzo del arte es inclinar á los hombres á hacer lo que quieren. Yo me apodero de esta frase, y digo: El último esfuerzo de la persuasion es hacer creer á los hombres lo que creen. ¿Pensais que poseeria yo el don de hacerlos creer en Dios, si no existiese en lo recóndito de vuestro corazon el germen de esta creencia, si no existiese en vuestra alma lo que Tertuliano llama *un testimonio naturalmente cristiano*? Así como ninguna fuerza química puede extraer de los cuerpos mas elementos que los que en sí encierran, esa grande alquimia de la persuasion no puede suscitar en nuestra mente mas que verdades indígenas; y si los libros sagrados han tomado posesion del mundo, consiste en que el mundo llevaba en su seno tradiciones sagradas, de que esos libros son la expresion mas ó menos pura, mas ó menos corrompida. Todo libro sagrado es un libro tradicional; se le veneraba antes de que fuese, y antes de nacer existia. Una prueba digna de ser meditada nos ofrece el Alcoran, última de las escrituras sagradas por el orden de los tiempos. Sin duda Mahoma se apoyó en

pretendidas revelaciones; no obstante, es claro para cuantos leen el Alcoran, que la tradicion Abrahánica fué el verdadero manantial de su poder. En nombre de Abrahan y de los profetas proclama Mahoma la unidad de Dios, establece sus leyes, organiza su culto; no hace milagros, como él mismo lo dice, pero habla la lengua de Abrahan, adora lo que Abrahan adoraba, funda lo que Abrahan había fundado, y exclama oportunamente: «¿Sabeis por qué es » sagrada la Meca? porque allí nació Ibrahim, y allí reposan sus » cenizas. »

El mismo carácter tradicional brilla en cada página de los libros cristianos y hebraicos: se encuentra tambien en el Zend-Avesta, en los Vedas y en los Kings chinos. La tradicion es madre de la religion en todas partes; precede y engendra los libros sagrados, como la palabra precede y engendra la escritura; vive immobilizada en los libros sagrados, como la palabra vive immobilizada en la escritura. Un libro sagrado es una tradicion religiosa que ha tenido la fuerza de sellar su nombre. Se concibe que no hay cosa mas extraña, porque la verdad es una, y el error teme necesariamente la claridad y la inmutabilidad: ¿cómo se escribiría, por ejemplo, el politeismo? Ni aun siquiera hablaba.

Son, pues, tradicionales las escrituras sagradas; y añado, que son constituyentes, es decir, que poseen una fuerza maravillosa para dar vida y duracion á los imperios. ¿Cosa singular! los mas excelentes libros de los filósofos no han podido fundar, no diré un pueblo, pero ni aun una pequeña sociedad filosófica; mientras que las escrituras sagradas, sin excepcion alguna, han fundado dilatadas y duraderas naciones. Así los Kings han fundado la China, los Vedas la India, el Alcoran muchas grandes razas que han adquirido la dominacion de parte del mundo; la Ley judía, ese pueblo inmortal disperso por do quiera; el Evangelio, la república cristiana, cuya civilizacion extiende su cetro desde Europa á la América. Solo el Zend-Avesta ha visto declinar su poder por los progresos que á poca distancia hicieron los Musulmanes, y aun conserva fieles adoradores que en obsequio de la divinidad encienden todas las mañanas el fuego de Zoroastro. Poco á poco desaparecen las sociedades que no han fundado su porvenir sobre la base de una escritura sagrada, y simplificándose cada vez mas la lucha religiosa y social, no dejará en breve en la palestra mas que tres ó cuatro grandes familias: la familia cristiana, la familia musulmana y la familia bramínica.



Si constándonos ya el hecho, indagamos su razon; si os pregunto por qué las escrituras sagradas son constituyentes, mientras la escritura filosófica no lo es, me parece que esto os dará margen á serias reflexiones. Citemos á Platon: ¿hay una palabra mas elevada, un estilo mas sublime? ¿en qué consiste que Platon no haya podido constituir, no digo una nacion, pero ni aun una escuela permanente? ¿En qué consiste que las sociedades vacilan cuando los pensadores sientan en ellas la mano, y que el momento preciso de su caida es aquel en que se les anuncia que el entendimiento está emancipado, que yacen rotas las antiguas formas que restringian la actividad humana, que el altar se halla minado y la razon es omnipotente? Filósofos, si decís verdad, ¿en qué consiste que cuando los elementos de la sociedad se depuran y se desarrollan, suena la hora de su disolucion? Diréis acaso que no es sorprendente que las escrituras reputadas por sagradas hayan gobernado los pueblos, porque es fácil avasallar los ánimos cuando se habla en nombre del cielo, mientras que la razon por sí sola no ejerce sino una débil accion sobre los hombres. Pero qué, ¿seria mas fuerte la mentira que la verdad para crear y mantener los imperios! ¿Qué digo? ¿seria la verdad la que destruyese los imperios, y la mentira la que les sirviese de cimiento! Hablando en nombre de Dios un blasfemo insolente, ¿fundaria una obra duradera, y seria veinte siglos despues de su muerte, desde el fondo de su sepulcro, la vida de cien millones de hombres; mientras que un sabio, hablando en nombre de la verdad pura, llevaria consigo el dolor irreparable de haber minado con su doctrina la seguridad y el porvenir de muchas naciones!

Fuerza es, Señores, resolver esta grave cuestion, que no debe quedar pendiente. Os he demostrado que los pueblos que poseen escrituras sagradas tenian una vitalidad mas fuerte, mas larga que los pueblos que están desprovistos de ellas; que estos desaparecian poco á poco de la escena de los siglos; que en breve no quedarían en la palestra mas que tres ó cuatro escrituras sagradas, animando con su jugo á tres ó cuatro sociedades que sobrevivirian á todas las demás: ¿y en qué consiste esto? He añadido que los libros humanos elevados á su mas alta perfeccion, en vez de sublimar y de fortificar la vida social, abreviaban su curso y precipitaban á las naciones como á un ebrio: ¿y en qué consiste esto? ¿de dónde proviene esta diferencia entre los libros sagrados y los libros humanos?

Tal vez esteis tentados por volver contra mí el argumento, diciéndome: ¿Y qué pensais de eso, orador cristiano? ¿de dónde se de-

riva la fuerza constituyente del Alcoran y de los Vedas, que mirais como fabulosos? ¿de dónde tiene tanta autoridad la mentira? La respuesta es muy sencilla, Señores; indudablemente no todos los libros que se llaman sagrados son los verdaderos y divinos; exceptuando los libros cristianos, ninguno está exento de error y de fraude; pero por desfigurada que esté en aquellos la tradicion, aun se advierte y anuncia que el hombre depende de Dios, es gobernado por su Providencia, y que debe ser honrado con un culto interior y exterior, base de todos los deberes de los hombres entre sí. La tradicion sostiene estos libros, por imperfectos que sean; les comunica la autoridad del tiempo y del cielo, una verdad que procede de manantial puro, por mas que se haya enturbiado en el camino.

Pero si todas las escrituras sagradas no son divinas, si solo debe serlo una, ¿por qué signos la reconocemos? Por los signos que ya hemos enunciado, por el signo tradicional y constituyente, y además por el signo profético.

¿Qué libro sagrado presenta el carácter tradicional hasta el mismo punto que la Biblia de los cristianos? Es verdad que el Alcoran, el Zend-Avesta, los Vedas y los Kings son un conjunto de tradiciones, pero tradiciones sin enlace histórico, tradiciones donde nada se sostiene por la sucesion de las cosas y la relacion manifiesta con todos los puntos del tiempo. Desde el primer versículo hasta el último, desde el *Fiatt ux* hasta el Apocalipsis, es la Biblia un encadenamiento magnífico, un progreso lento y continuo, en que cada ola empuja á la que precede y arrastra á la que sigue: así se entrelazan los siglos, os sucesos, las doctrinas del centro á la circunferencia, y en su tejido inconsútil no dejan vacío ni confusion. Allí, la antigüedad y la realidad exhalan igual perfume; es un libro que se rehace cada dia, que crece naturalmente como un cedro, que ha sido testigo de todo lo que dice, y que nada dice jamás sino viéndolo todo y hablando el lenguaje de la eternidad. Hasta á un niño le será imposible confundir la Biblia con otro libro de los que se tienen por sagrados, y la distancia es tan sensible, que es casi una blasfemia pronunciar su nombre al lado de otros nombres que aspiran á imitar el suyo.

La superioridad es todavía mas manifiesta, si cabe, bajo el aspecto constituyente: ¿quién osaria comparar ninguna sociedad constituida por un libro sagrado con la sociedad cristiana? Fijaos, ante todo, en la China: ¿qué ha hecho? ¿por qué obra se ha revelado al mundo? ¿dónde está el vestigio de sus armas? ¿dónde los



rastros de sus buques? ¿dónde su propaganda doctrinal? ¿Habeis encontrado nunca al Chino en los grandes caminos de la humanidad? Pueblo muerto en su orgullo sin actividad, se encuentra encerrado en sí mismo, y en tres mil años no ha experimentado una sola vez un sacudimiento eléctrico del amor y del genio. Contemplad la India: por allí han pasado todos los conquistadores y todos los mercaderes; ha dado oro, perlas, diamantes, marfil á quien lo ha querido; todavía alimenta con sus muelles riquezas la ambición del pueblo británico; pero ¿observais en ella otra cosa que la voluptuosidad igual á su servidumbre? Réstanos examinar los pueblos á los cuales entregó Mahoma la cimitarra y el islamismo, de que seguramente usaron con ventaja. Sin embargo, ¿dónde se encuentran? Despues de haber invadido la Europa por sus dos extremidades, y vencido á nuestras cruzadas, á medida que se ha ido perfeccionando el arte de la guerra, hemos visto eclipsarse su gloria, y como ya no cubre las miserias de su civilización el triunfo de las armas, asistimos no ya á su decadencia, sino á su agonía. Contemplaos ahora á vosotros mismos, Señores, vosotros, hijos de la Biblia, contemplaos: no sois nada por vuestro territorio; la Europa es un puñado de tierra en comparación con el Africa y el Asia; y sin embargo, vuestros colores y vuestros pabellones son los que encuentro por todos los mares, en las islas y en los puertos de todo el mundo; estais presentes en todas partes del uno al otro polo por vuestros navegantes, vuestros comerciantes, vuestros soldados, vuestros misioneros, vuestros cónsules; vosotros sois los que dais la paz ó la guerra á las naciones, los que llevais en vuestras carteras los destinos del género humano. Descended á la plaza pública, levantad vuestra voz: oigo que se conmueven los antiguos y nuevos continentes; ¿quién los ha conmovido? Vosotros, hijos de la Biblia: esa palabra que va tan lejos, es la vuestra; tiene hermanos en todas las capitales, reúne en torno todas las pasiones y todos los sacrificios. Si de las tablas de una lancha extraviada salta á alguna playa remota un hombre que habla vuestro idioma y tiene vuestra fisonomía, al punto os apercibís de que allí ha aparecido el gran poder humano. En el brillo de sus miradas, en el modo con que sienta el pié, la tierra reconoce al cristiano, y su salvaje habitante se inclina y exclama: ¡Hé aquí los hijos del sol, aquellos que nuestras tradiciones nos prometian y á quienes aguardábamos!

¡Qué actividad, qué imperio, qué gloria! Y todo eso lo sois vosotros, y á vosotros os ha formado la Biblia. Si, pues, la constitucion

de los pueblos está en razon de la verdad contenida en sus libros sagrados, y si los pueblos cristianos superan á todos los demás, como superan los ángeles á todas las naturalezas creadas, se deduce naturalmente que en los libros cristianos se encuentra la verdad en el mas alto grado.

No obstante, á estos signos refulgentes de la divinidad de nuestras Escrituras ha querido Dios añadir otro que no puede ser imitado ni aun de lejos. Como historia, como ciencia, como arte, como legislación, como filosofía, como poder tradicional y constituyente, alcanza sin duda la Biblia una eminente perfección á que ningun libro ha llegado jamás; sin embargo, todas estas cosas son humanas, por decirlo así, atendido á que no superan las facultades del hombre sino por su grado, y no por su esencia. Necesitaba, pues, la Biblia otro carácter, y Dios le ha dado uno peculiar de ella, y es el carácter profético. Solo Dios ve el porvenir; solo él penetra con una mirada en la profundidad infinita de las causas, y descubre allí los efectos que han de producir hasta los límites mas remotos de las edades. Por lo que hace á nosotros, ni aun siquiera conocemos el día de mañana; no somos mas que una causa, y de esa causa que somos nosotros, nos es imposible prever los mas inmediatos efectos. Si, pues, existiese una palabra perpetuada por la escritura, la cual narrase de antemano, no solo el destino de los imperios, sino tambien el destino del género humano, y hubiese previsto desde el principio la marcha de los siglos, esa palabra y esa escritura serian necesariamente divinas. Ahora bien, la Biblia ¿es otra cosa que una profecía que se cumple á nuestra vista? Y como una profecía tiene dos términos, lo pasado y el porvenir, ved con qué esmero separó la Providencia el uno del otro, á fin de que no se les pudiera acusar de connivencia. Eligió un pueblo para que fuese depositario de la historia del mundo, es decir, de la noción de Dios, de la creación del mundo por Dios, de la caída del hombre y de la esperanza que se le dió de una redención: porque, Señores, esta es la verdadera historia del mundo, y lo demás solo un juego. Hace de aquel pueblo un monumento vivo que cree y que repite incesantemente esta historia, que se la apropia, vive de ella, y de ella deriva toda la gloria, aguardando, con una paciencia de que somos testigos, el cumplimiento de la redención prometida á sus padres. Decid á los Judíos que no es eso lo que han esperado, y os responderán con su esperanza presente, no perturbada por veinte siglos; os enseñarán sus escrituras traducidas al griego, y esparcidas por el mundo, aun antes de



Jesucristo. Hé aquí un hecho material superior á toda criatura. Esto respecto de lo pasado. En cuanto al porvenir, es decir, al cumplimiento de lo que se habia escrito y esperado mucho tiempo antes, ahí está la Iglesia católica para enseñaros que se ha operado una gran reunion por un gran sacrificio. ¡ El pueblo judío y la Iglesia ! ¿ Quién atacará á esos dos monumentos que se sostienen mutuamente tanto mas, cuanto que son irreconciliables enemigos ? Ambos son los elementos del carácter profético de la Escritura: el uno es su término pasado, el otro el término futuro, y á fin de que no se les pueda acusar de haberse combinado para engañar al universo, se rechazan recíprocamente para permanecer divididos hasta el fin, hasta el dia en que hallándose próxima toda consumacion, se abracen lo pasado y lo futuro para mostrar á las postreras generaciones el pleno complemento de las profecías que anunciaron este ósculo de paz, así en el pueblo antiguo como en el pueblo nuevo.

No cesará, Señores, el tiempo de desenvolver el triple signo de la divinidad de nuestras Escrituras, el signo tradicional, el signo constituyente, el signo profético. A medida que avancemos en el camino del porvenir, se agrandarà lo pasado, y vendrá á ser imposible á las obras humanas afectar antigüedad; todo aparecerá nuevo, á excepcion de la Biblia de los cristianos, y la caducidad precoz de lo que sea nuevo adherirá los espíritus al trono inmutable de la tradicion. Se verá por otra parte al cristianismo concluir la conquista de la tierra: despues de someter á la Europa, ha sometido á la América, y ya toca á todas las puertas del Africa y del Asia. Bórranse las distancias delante del genio de las naciones cristianas, y vosotros, hombres del tiempo, príncipes de la civilizacion industrial, vosotros sois, sin apercibiros de ello, los operarios de la Providencia en esta obra sublime: esos puentes que suspendeis en los aires, esas montañas que cortais, esos campos donde os arrastra el fuego, los creéis destinados para servir á vuestra ambicion, y no sabeis que la materia no es mas que el canal por donde se abre paso el espíritu; ya vendrá el espíritu luego que le hayais abierto un cauce. Así lo hacian los Romanos, vuestros predecesores; siete siglos emplearon en acercar á los pueblos con el auxilio de sus armas, y en surcar con anchas vias militares los tres continentes del antiguo mundo; creian que eternamente pasarian por allí sus legiones para transmitir sus órdenes al universo, y no sabian que preparaban las vias triunfales del cónsul Jesus. Vosotros pues, sus herederos y tan ciegos como ellos, vosotros, Romanos de la segunda raza, continuad la obra de que sois

instrumentos; estrechad el espacio, disminuid los mares, arrancaed á la naturaleza sus últimos secretos, á fin de que la verdad no se detenga un dia delante de los rios y de los montes, á fin de que camine recta y presurosamente, y no haya lugar, por escondido que sea, donde la tiranía protegida por el aislamiento pueda privarla del agua y del fuego. ¡ Cuán venturosos entonces los piés de los que evangelicen la paz ! os ensalzarán los apóstoles, y dirán al pasar con el vuelo de una águila: ¡ Cuán poderosos y atrevidos eran nuestros padres ! ¡ qué fecundo era su genio ! ¡ cuán magnífico es para nosotros, pobres misioneros, vernos conducidos con tanta celeridad al socorro de las almas ! Benditos sean los que han asistido al espíritu de Dios con el suyo propio. Así reciban en la otra patria algun rocío del cielo, á cuya efusion han contribuido sin saberlo.

Y, merced á la expansion de la doctrina favorecida por esta aproximacion de todas las partes de la humanidad, correrán así las profecías hasta su último cumplimiento. Despues que en las lides de las naciones todas las enseñanzas hayan sufrido la prueba del fuego, y sucumbido las religiones intermediarias, no subsistirá mas que la verdad total al frente del error total, el cristianismo y el ateismo, Dios solo y el hombre solo. No interponiéndose ya entonces nube alguna entre los dos pueblos escogidos, entre el judío y el cristiano, entre el pueblo de lo pasado y el pueblo del porvenir, descubrirán ambos las extremidades del universo; se contemplarán fijamente, y habiéndose reconocido, marcharán como dos gigantes á tenderse los brazos: no habrá ya mas que un pastor y un rebaño; lo pasado y el porvenir serán una sola cosa, y esta será la señal de que el tiempo ha concluido, y de que se aproxima el dia sin fin.